

de algo que llega y pasa: «Las maderadas se vienen, las maderadas se van, y nosotros nos iremos y no volveremos más.»

Hasta el visitante irlandés, que llegó a la maderada como simple observador, finaliza preguntándose: «¿Qué será el retorno a la corriente de este río que nos lleva? ¿Cuándo se alzará la compuerta y arrastrará mi cuerpo a seguir deshaciéndose entre las piedras del molino de la vida?»

Pero en medio de ese «todo fluye» está el vivir, y así lo expresa el autor en el arranque de su libro: «Todo estaba dispuesto, aunque nadie lo supiera porque la vida no avisa. A veces se divierte soplando en sus trompetas para nada; otras, en cambio, su corriente reúne a la callada ciertos seres y cosas, y deja que pase lo que tiene que pasar. Sólo mucho después se reconoce lo decisivo de cierta circunstancia, de tal gesto.»

## Densidad humana en Estocolmo

Cuando la densidad humana se lleva dentro, vale un barrio madrileño, la dureza del alto Tajo o la frialdad de un país nórdico para expresarla, y éste es el caso del autor de «Congreso en Estocolmo», historia de un congreso científico, en el que personajes de carne y hueso se encuentran desde sus culturas, edades y actitudes humanas diferentes.

A través de las páginas de la presente novela, el lector queda introducido en lo que son las costumbres suecas, su profundo sentido de la organización y la belleza de sus paisajes. Pero Sampedro no se queda aquí, sino que aprovechando el yo y las circunstancias de los congresistas, va a parar a los temas universalmente humanos que a él le entusiasman: la grandeza y dignidad del hombre, el respeto y homenaje a la vejez, honda crítica a todo tipo de convencionalismos, canto a la vida y al atreverse a vivirla, la atracción de los sexos y el encuentro amoroso.

«¡Oh, la organización —escribe—. La carpeta contenía todo lo preciso en un medio desconocido para no necesitar molestarse en descubrir las cosas por sí mismo; es decir, en vivirlas. Planos de Estocolmo y de Saltsjöbaden, horario del pequeño ferrocarril entre ambos puntos, detalles del Congreso y de su organización, lista de congresistas clasificados por países y por apellidos, horario de las comidas y sitios donde se servirían, detalles de los deportes practicables en las cercanías, así como de los servicios religiosos en Estocolmo para las diferentes confesiones...» Acerca de la minuciosidad y precisión de los suecos, uno de los congresistas comenta: «Lo que más me choca es la profusión de termómetros. Hay uno dentro de cada habitación y otro al exterior, sujeto al marco de la vidriera de fuera. Otro en la tubería del baño, otro en la ducha y otro sobre la madera para hacerlo flotar en el agua.»

«Congreso en Estocolmo», quiere dejar claro, y lo deja, que la vida en sí es mucho más importante que todos los saberes: «...No renunciéis —dice el sabio sueco a la joven sueca que se siente atraída por un congresista español natural de Soria—. Negarse a vivir, nunca es bondad, sino, casi siempre, cobardía.»

Más avanzada la novela, el congresista español aludido, hablando con un colega más joven, le dice: «...La grandeza del hombre y su dignidad han consistido siempre en “comerse las penas”. Un hombre sin problemas y sin tirar de sus riendas es un

hombre vacío. Yo no quiero que nada de lo engendrado por mi alma sea dispersado por el viento o por las palabras. Quiero llegar con ello, virtud y pecado, hasta el final. Así es únicamente como se puede llevar la cabeza alta.»

## La costumbre y sus fuerzas

En los ratos libres, entre sesión y sesión, los congresistas se reúnen, charlan de sus presentes experiencias y las contrastan con su cotidiano vivir. Uno de los congresistas españoles comenta a los de su misma nacionalidad, con los que ha congeniado y que le escuchan perplejos: «En mi ciudad, la verdad es que uno se casa sencillamente porque llega un momento en que eso es lo que hay que hacer. Nos empuja la familia, el ambiente y cierto temporal cansancio de patronas y mujerzuelas. En cuanto a la elección, cien casualidades hacen que uno se case con ésta en vez de con aquélla. En el fondo, da lo mismo. Empieza el noviazgo, y, a pesar de todo, somos tan necios y aborregados que hasta sentimos cierta emoción. Claro que sólo dura la luna de miel, el primer hijo, quizá el segundo...»

Para finalizar, me parece importante señalar, que José Luis Sampedro, toque el tema que toque, acaba por decirnos, que nada hay tan importante como vivir la vida, vivirla a tope, sin reservas. Es el libro que comentamos, por aquello de que transcurre en Suecia, se vale de un viejo reno y de un anciano profesor para expresarlo: «Pero —dice el viejo profesor— ¡vea qué impresionante nobleza tiene la vejez tras una vida vivida sin reservas! Parece un dios anciano. En ese cuerpo hay mucha más sabiduría del mundo que en todo el Congreso de la Ciencia Moderna que inauguramos mañana. ¡Pobres sabios! Fíjese la dignidad con que esa cabeza ostenta y sostiene sus cuernos magníficos. No sé si es porque casi me he criado entre estos animales, pero siempre me ha parecido inexplicable y absurdo que los cuernos tengan tan estúpida simbología en nuestra vida civilizada. Ese peso en el cráneo es el peso de la vida. Los años lo aumentan, lo refuerzan, y toda la cuestión está en sostenerlo bien en alto.»

José Luis Sampedro, qué duda cabe, sabe, sabe mucho de la vida, y a través de sus novelas, no para de decirnoslo.—ISABEL DE ARMAS (*Juan Bravo*, 32. MADRID-4).

## Sobre Zifar

Hacia 1964, mi abuela, María de la Presentación, me regaló un tomo de *Libros de Caballerías Españoles*, editado por Aguilar en 1960 (2.<sup>a</sup> ed.). Ese volumen, al cuidado de Felicidad Buendía, albergaba el *Zifar*, el *Amadís*, y el *Tirant*.

De aquel libro, que pronto devoré, recuerdo todavía el impacto que me produjo el *Amadís*, mucho mayor que el de las otras dos novelas. En mi fascinación, llegué a

pergeñar un índice de nombres propios de la obra de Montalvo, al objeto de conservar mejor en la memoria la infinidad de personajes que pueblan las páginas acaso más bellas de nuestra literatura caballeresca.

Me obsesionaba entonces, por caso, convertir los espacios imaginarios del *Amadís* en espacios reales, habitables. Con ayuda de una cámara fotográfica, y en distintos lugares de la sierra madrileña, obtuve imágenes satisfactorias de espacios caballerescos tan imposibles como la ínsula Firme o la Roca Pobre, y las inserté en la edición de Aguilar como ilustraciones de la novela: había conseguido encontrar en la realidad los espacios prohibidos que sólo existen en la imaginación, y aquello me llenaba de legítimo orgullo (algo parecido debe sentir el director de cine al darse de bruces con el rostro que andaba buscando en el pasillo de un ministerio o en la oficina de correos más próxima a su casa). La ínsula Firme, por ejemplo, *estaba* en La Granja: aquellas aventuras enloquecidas de Galaor y Florestán, de Bruneo y de Agrajes, habían ocurrido realmente en un lugar concreto y fotografiable; no eran tan sólo el fruto de la imaginación de su autor; no las había forjado ninguna retórica; estaban al alcance de cualquier ojo humano.

Con el paso del tiempo, me he ido dando cuenta de que los lugares imaginarios son mucho más reales que aquellos otros que apresó mi cámara. Con el paso del tiempo, he ido aprendiendo a prescindir de la ilusión de poner hierros a la fantasía. Pero de aquellos días, aunque no quede abuela María de la Presentación, ni cámara, ni siquiera fotografías, sí permanece el libro, ese libro que contenía las hazañas de Zifar, Amadís y Tirante el Blanco.

De las tres obras fue el *Zifar* la que leí con más dificultad y menos temblores. Juan Ignacio Ferreras dice que le parece normal: un texto tan arcaico (en torno a 1300), de un período en que la lengua castellana está en ebullición y la prosa española está naciendo, no puede divertirle a un niño de trece años en la misma medida en que pueden hacerlo textos como el *Amadís* o el *Tirant*, más tardíos y depurados. Y Juan Ignacio Ferreras no se equivoca nunca, si de novelas se trata.

En fin, hecha abstracción de mis lecturas de adolescencia, lo cierto es que nadie puede negar a Zifar, «un cavallero de las Indias» cuyo nombre significa en árabe *viajero*, el mérito de haber inaugurado con el relato de sus aventuras la novela castellana.

Del *Libro de Cavallero Zifar* se conservan dos manuscritos: *M* y *P*. *M* data, probablemente del siglo XIV y forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura 11309). *P*, del siglo XV, se guarda en la Biblioteca Nacional de París y se halla ricamente ilustrado (signatura Esp. 36). Existen asimismo dos ediciones antiguas: Sevilla, 1512 (ejemplar único en la Biblioteca Nacional de París), y Sevilla, 1529, reimpresión no revisada de la de 1512 (copia en la Biblioteca de Palacio de Madrid).

Heinrich Michelant fue el primero que transcribió el manuscrito de París (el de Madrid aún no se había descubierto), complementándolo con la edición de Sevilla. El resultado de su tarea fue el primer *Zifar* moderno (Tübingen, 1872). En lo que a pulcritud filológica se refiere, el trabajo de Michelant deja mucho que desear.

En 1929, Charles Philip Wagner dio a luz en Ann Arbor, Michigan, una edición crítica del *Libro del Cavallero Zifar*, mezclando *M*, *P* y la edición sevillana de 1512. Era la primera vez que alguien transcribía el código *M*, pero Wagner se equivocó al